

Aprendiendo a ver con los ojos de los Santos

El acto de ver requiere dos cosas: algo que ver y alguien que lo vea. Sólo podemos controlar o influenciar lo último. Piense en todas las cosas que no se ven a simple vista, pero que, a través de la ciencia, ahora sabemos que existen. No empezaron a existir cuando descubrimos la forma correcta de buscarlos, pero hasta que encontramos nuestro camino, para todos los propósitos prácticos - es decir, para nosotros - no existían.

El gran teólogo Jesuita Canadiense Bernard Lonergan insistió en que "ver es más que echar un vistazo". Todo tipo de obstáculos pueden impedirnos ver. Para enumerar sólo algunos:

- ? no estamos mirando
- ? estamos buscando en el lugar equivocado
- ? estamos buscando lo incorrecto
- ? estamos tan distraídos que no podemos ver más allá de nuestras preocupaciones inmediatas
- ? nuestros prejuicios son tan fuertes que no vemos lo que los contradice
- ? nos faltan los recursos para ver, lo que podría significar que no tenemos los instrumentos especializados o las técnicas de las ciencias
- ? O que nos falte la inspiración del artista.
- ? o la perspicacia y el entrenamiento del genio.
- ? o la claridad moral del santo.

La lista podría alargarse, pero ya plantea la pregunta: "¿Qué se puede ver cuando la persona que busca ve de nuevo de una manera nueva?" Recuerde, los Reyes Magos no estaban deambulando. Sus preguntas y deseos impulsaron su búsqueda.

¿Qué se puede ver cuando el que busca ve de nuevo de una manera nueva?

Y, por supuesto, cuando se trata de ver a otra persona en lugar de a un objeto, todo depende de la intimidad amorosa compartida entre ellos. Sólo los insensatos revelan su ser más profundo ante los meramente curiosos. Al igual que nosotros, Dios elige revelarse a sí mismo, y Dios no es tonto.

San Pablo dijo a los Efesios: "No se dio a conocer a las personas de otras generaciones como ahora lo reveló el Espíritu a sus santos apóstoles y profetas" (3: 5). Al escribir sobre el mismo Espíritu Santo, el que elige revelarse a los que lo buscan en el amor, San Basilio explicó:

Es como un rayo de sol cuya gracia está presente para el que lo disfruta como si estuviera solo para alguien así, y aún así ilumina la tierra y el mar y se mezcla con el aire. De esa manera, de hecho, el Espíritu está presente para cada uno que está en condiciones de recibirlo, como si estuviera sólo para él, y aún así envía su gracia que es completa y suficiente para todos. Las cosas que participan en él lo disfrutan en la medida en que su naturaleza lo permite, no en la medida en que su poder lo permite (De Spiritu Sancto, 9.23)

Un santo Alemán del siglo XX ilustra esto muy bien. Edith Stein nació en una familia nominalmente Judía en 1891, pero se consideraba atea cuando llegó a la adolescencia. Stein fue brillante, obteniendo un doctorado bajo el primer filósofo de la época, Edmund Husserl. Curiosamente, su proyecto de tesis fue sobre la empatía, la capacidad de sentir y comprender a otro.

Sólo los insensatos revelan su ser más profundo ante los meramente curiosos. Al igual que nosotros, Dios elige revelarse a sí mismo, y Dios no es tonto.

Es bastante aterrador que tantas personas hoy en día elijan leer sólo un artículo o ver sólo un canal de noticias por cable o seguir sólo un cierto conjunto de blogs. ¿Recuerdas todas esas cosas que pueden bloquear nuestra vista? Añade: mirando muy limitado. Eso no fue verdad de Edith Stein.

Podría ser atea, pero Edith comenzó a leer un poco de los grandes místicos Carmelitas, Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz. Quizás es por eso que un día, mientras visitaba la gran ciudad universitaria de Heidelberg, vio algo en su Catedral Católica que la mayoría de las personas no habrían notado. Así es como ella registró el evento:

Nos detuvimos en la Catedral por unos minutos; y, mientras mirábamos a nuestro alrededor en respetuoso silencio, una mujer que llevaba una cesta de la compra entró y se arrodilló en uno de los bancos para orar brevemente. Esto era algo completamente nuevo para mí. A las sinagogas o a las Iglesias Protestantes que había visitado, una iba sólo a los servicios. Pero aquí había alguien que interrumpía sus compras diarias para entrar a la Iglesia, aunque no había otra persona en ella, como si estuviera aquí para una conversación íntima. Nunca podría olvidar eso.

¿Cuántos de nosotros hemos visto lo mismo, pero nunca nos hemos preguntado la sencilla pregunta de Edith: ¿Por qué está aquí

sola, cuando no hay servicio? ¿Qué ha venido a hacer? ¿Con quién cree que se encontrará?

Juntos, la lectura de Edith y el simple, silencioso y momentáneo testimonio de esa compradora anónima finalmente la llevaron no sólo a la Iglesia Católica sino al mundo enclaustrado de la Orden Carmelita, donde tomó el nombre religioso "Teresa Benedicta de la Cruz"

La elección del nombre podría haber sido un acto de previsión; La Hermana Teresa Benedicta de la Cruz, junto con su hermana de sangre Rosa, murieron en Auschwitz como víctimas del odio Nazi por los de sangre judía. Formaban parte del rodeo reaccionario de Judíos en los Países Bajos, que siguió a una declaración pública de los Obispos Holandeses que condenaban el racismo Nazi. Cuando los oficiales de las SS llegaron al Carmelo, Edith le dijo con calma a su hermana: "Ven, Rosa. Vamos por nuestra gente".

El tren que los llevaba a Auschwitz pasó por su ciudad natal de Breslau. Un soldado Alemán informó haber visto pasar el tren de los condenados a través de la ciudad con una mujer con atuendo religioso Católico mirando desde uno de los vagones. Incluso al final, estabrilante santa todavía buscaba descubrir, con la gracia de Dios, lo que podría verse.

Autor: Terrance Klein

[h6][* Artículo reproducido con el debido permiso de America the Jesuit Review. America the Jesuit Review no se hace responsable por la traducción. La traducción ha sido realizada por Francisco Luciani para Teología Hoy.]